

# **La materia colonial en las letras españolas del siglo XIX: visiones del pasado y perspectivas de futuro (el caso de África)**

Julio PEÑATE RIVERO  
Universidad de Friburgo (Suiza)

## **1. Introducción**

Uno de los capítulos quizás más atractivos y sin duda menos estudiados de la literatura moderna española es el de la «materia colonial», es decir, el de los textos que sitúan su asunto en el marco de las antiguas colonias o en los restos del imperio español y que, de una forma o de otra, evocan las relaciones de la metrópoli con esos espacios. La justificación de nuestro interés se basa en que el siglo XIX ocupa un lugar privilegiado en este campo: por un lado, presencia el derrumbe del imperio y, por otro, asiste a los primeros intentos de re-visión de las colonias cara al futuro y la exploración de nuevas áreas de influencia. Este último aspecto se revela con particular énfasis a propósito del Norte de África y ello por varios motivos que se suman unos a otros: un contacto secular ininterrumpido al menos desde la Edad Media, una proximidad geográfica que estimula la presencia española en aquella tierra, un territorio relativamente menos disputado por las potencias europeas, un coste más bien bajo para redorar el ideal colonialista o para resolver tensiones internas desviando la atención hacia un motivo de unidad nacional, etc.

Para delimitar nuestro objeto dentro de tan inmenso campo, haremos una triple restricción, geográfica, temática y cronológica. Respecto a la primera: abordaremos solo una parte de este amplio territorio, esencialmente la producción textual referida a Marruecos.<sup>1</sup> Segunda: aun reconociendo la importancia de la

1. Dejaremos, pues, de lado una parcela tan atrayente como la del africanismo español de asunto argelino, cuyo interés ha sido puesto de relieve por Morales Lezcano (2004: 61-62), entre otros, considerándolo como un precedente del africanismo marroquí y que contiene una literatura muy considerable sobre todo de origen militar.

narración ficcional,<sup>2</sup> nos centraremos en los relatos factuales, es decir, en los que tratan de un viaje efectivamente realizado por su autor: el interés que se percibe a lo largo del siglo xx y comienzos del actual (Alfonso Armada, Enrique Meneses, Xavier Moret, Javier Reverte, Lorenzo Silva y otros) tiene una amplia lista de precedentes, sobre todo en la segunda parte del xix e inicios del xx. Por nuestra parte (y será la tercera restricción), nos limitaremos al período menos conocido: la segunda parte del siglo xix, con especial énfasis en la llamada «guerra de África».

En efecto, hablando en términos generales, se aprecia una neta evolución entre la primera y la segunda parte del xix respecto al contacto directo de los ciudadanos españoles con el exterior. Por ejemplo, todavía a mitad de siglo, Antonio María de Segovia comentaba así la escasez de viajeros españoles al extranjero: «[Los españoles] debemos clasificarnos entre los pueblos menos viajeros de la Europa moderna» (Segovia, 1851: 16). Pero también conviene recordar, el caso de quien, como Martín de los Heros, afirmaba, poco tiempo antes, que nunca habría salido de España si no hubiera sido por la inestabilidad del país (1835: v). El exilio, voluntario o forzado, sería entonces como en tiempos posteriores un modo singularmente eficaz de ilustración para varias generaciones de jóvenes españoles.

En la segunda mitad del siglo, el panorama evoluciona considerablemente, sobre todo a escala internacional: por ejemplo, en el prólogo de Enrique Monreal a *De España a sus Indias. Memorias de un viaje de tres mil leguas* (Mhartín y Guix, 1885: 8) leemos que, antes, ir hasta Filipinas suponía un penoso viaje de cuatro o cinco meses, «Mas hoy, hermosos y rápidos vapores de tres o cinco mil toneladas nos llevan en [solo] 28 días desde Marsella a Hong-Kong o de Barcelona a Manila». Pero aún más interés tiene para nosotros la afirmación, aunque acaso algo exagerada, de Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia al comenzar el relato de su viaje a Marruecos:

Hoy dar la vuelta al mundo se ha convertido en un viaje de recreo que el Estado paga a cualquier diplomático o cónsul español antes de llegar al término de su carrera. La joven América ya está tan manoseada como la vieja Europa, y apenas ofrece alguna novedad el África, cuyos estados berberiscos excitan la codicia de las naciones europeas ribereñas del Mediterráneo (Ramírez de Villa-Urrutia, 1883: 8-9).

Sabido es que buena parte del xix está marcada por la atracción orientalista, esa corriente ideológica y estética que busca lo exótico en un espacio, no necesari-

2. La novelística constituye por sí misma un capítulo que merece ser tratado de forma independiente: recuérdense, a título de ejemplo, algunas obras del xix como *Los moros del Ríf* (1856) de Pedro Mata, *El honor de España* (1859) de Rafael del Castillo y *Rodrigo y Zelima* (1862) de Antonio Redondo, aunque no destaquen por su nivel literario. Este es más perceptible a lo largo del siglo pasado y del actual en textos como *Aita Tettauen* (1905) de Benito Pérez Galdós, *El blocao* (1928) de José Díaz Fernández, *Imán* (1930) de Ramón J. Sender, *Hotel Tánger* (1950) de Tomás Salvador, *El médico de Ifni* (2005) de Javier Reverte, *El tiempo entre costuras* (2009) de María Dueñas y *La buena reputación* (2014) de Ignacio Martínez de Pisón. Ver sobre este punto el ensayo de Carrasco (2009) citado en la bibliografía final.

riamente lejano, suponiendo que así lo encuentra en el tiempo. Recuérdesse que, sobre todo en las primeras décadas del siglo, España era vista como una avanzada de Oriente por una amplia nómina de escritores extranjeros, especialmente franceses: los Gautier, los Dumas, los Hugo, los Quetin y tantos otros. Valga como muestra de ello esta afirmación publicada en 1829 por el entonces joven autor de *Les Orientales*: «[...] porque España es todavía el Oriente; España es a medias africana; y África es medio asiática» (Hugo, 1968: 11).<sup>3</sup>

Precisemos que de España partió una amplia y a veces brillante nómina de viajeros escritores al próximo, al medio y al extremo Oriente: por ejemplo, Domingo Ortiz de Zárate (*Viaje por el Istmo de Suez*, de 1848), Adolfo Rivadeneyra (*Viaje de Ceilán a Damasco* y *Viaje al interior de Persia*, de 1871 y 1880-1881 respectivamente), José Fernández Giner (*Filipinas: Notas de viaje y estancia*, de 1889) y muchos otros.<sup>4</sup> Pero aquí nos interesan sobre todo los africanistas: los muy conocidos como Domingo Badía (Alí Bey), Estébanez Calderón, Alarcón, Ros de Olano o Núñez de Arce, y también otros que lo son menos pero cuya aportación importa sobre todo respecto a la segunda parte del siglo: el novelista Juan Felipe de Lara, el arabista Francisco Pons Boigues, Rodrigo Soriano o el antes citado Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia, quien calcula en al menos unas doscientas las obras publicadas por españoles sobre Marruecos en los años anteriores (1883: 13),<sup>5</sup> lo cual no es exagerado si tenemos en cuenta que entre 1858 y 1860 se imprimieron unas cincuenta, según leemos en la introducción de María Pilar Palomo a *Diario de un testigo de la guerra de África* (Alarcón, 2005: XL).

## 2. Sobre motivaciones viáticas

Los motivos del viajero español por África no se parecen demasiado a los de sus compatriotas al visitar Europa: aprender y comparar para la mejora de la patria, en muchos aspectos retrasada respecto a los países recorridos, sobre todo si estos eran Francia, Alemania o Países Bajos. ¿Cuáles son las razones del viajero africanista?, ¿qué es lo que les interesa, tal y como se encuentra en los textos de forma explícita o implícita? Desde luego, nuestro viajero tiene presente lo ocurrido en torno a su patria, donde otros, los visitantes europeos, han impuesto su

3. «[...] car l'Espagne, c'est encore l'Orient; l'Espagne est à demi africaine, l'Afrique est demi asiatique». La traducción al español es nuestra.

4. La lista de autores y de obras sería muy extensa; baste recordar aquí algunos nombres: Juan de Dios de la Rada, Manuel Villalba y Burgos, Juan Álvarez Guerra, Aristides Saenz de Urraca, Eusebio de Santos, Juan Lucena de los Ríos, Martín Guix, Luis Valera, Manuel Walls y Merino, José María Servet, Antonio Bernal de O'Reilly y Adolfo de Mentaberry. Para una visión general sobre el tema puede ser ilustrativa la consulta del estudio de Torres-Pou (2010).

5. Ramírez de Villa-Urrutia se basa esencialmente en los *Apuntes para la bibliografía marroquí*, de Cesáreo Fernández Duro, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* (s. f., entre 1870 y 1879).

propia mirada. Él quiere transmitir la suya respecto de África: en el fondo, algo parecido a lo que los visitantes europeos venían pretendiendo sobre España y que causaba la ira de tantos escritores peninsulares como Mesonero Romanos, Gil y Carrasco, Modesto Lafuente y Francisco de Paula Mellado entre otros.<sup>6</sup>

No se excluye ir a África por la aventura o por enriquecimiento humano (intelectual o simplemente vivencial): ese puede ser el caso de José María de Murga, el «Moro Vizcaíno», que pasa tres años recorriendo el Magreb como sacamuelas, buhonero, santón, partero, cuentacuentos, etc., y recoge en sus *Recuerdos marroquíes del moro vizcaíno* (1868) descripciones y estudios de la zona, bastante ecuanimes, entretenidos y respetuosos de los lugares que visita.<sup>7</sup> Lo mismo cabe decir de Cristóbal Benítez y de su animadísimo periplo a través del desierto del Sahara como traductor para una expedición científica relatada en *Mi viaje por el interior de África* (1886).

Sin embargo, a mitad de siglo se produce el acontecimiento que va a multiplicar la cantidad de viajes y de escritos: se trata de la «guerra de África», en realidad, guerra contra una parte de Marruecos: apenas cuatro meses de duración (de diciembre de 1859 a marzo de 1860) que cambiarán radicalmente el panorama de las relaciones con el norte africano hasta final de siglo e incluso hasta el inicio del protectorado (1912). Reactualizando la empresa colonial, ahora en un territorio a las puertas de casa, España se plantea una política decididamente intervencionista en la región. Juan Donoso Cortés lo señala en estos términos en un discurso suyo de 1847: «[...] si asentar nuestra dominación en el África es para nosotros una cuestión de engrandecimiento, impedir la dominación exclusiva de ningún otro pueblo en las costas africanas es para nosotros una cuestión de existencia» (Pedraz Campos, 1994: 33).

La opinión del tribuno conservador era compartida no solo por militares y políticos ideológicamente afines (como el Cánovas autor de *Apuntes para una historia de Marruecos* en 1851) sino también por buena parte del medio académico: baste, como ejemplo, la publicación por entregas de *Crónica de la guerra de África* (1859), animada por jóvenes profesores de la Universidad de Madrid como Canalejas, Miguel Morayta y otros, capitaneados por el catedrático de Historia Emilio Castelar, que actualizaba los planteamientos coloniales del siglo XVI revisitados en el XIX por Ernest Renan: desigualdad entre los pueblos europeos (rationales, vigorosos, civilizados y progresistas) frente a los orientales y africanos: pasionales, débiles, salvajes, y caracterizados por la ausencia de valo-

6. Francisco de Paula Mellado escritor viajero y editor, es también autor de una *Guía del viajero en España*, de notable valor documental, compuesta, según indica en su «Prólogo», para «corregir tan graves errores y mejorar en cuanto posible fuese la opinión de los extranjeros, que nos juzgan por libros como los de Mr. Quetin y otros semejantes» (Mellado, 1842: v). Su crítica se refiere a la *Guía del viajero en España* del citado autor, plagada de disparates. Mellado replica ahora a través de otra obra con el mismo título.

7. Son célebres sus cincuenta «diferencias» entre españoles y norteafricanos: los primeros se afeitan la barba y se cortan el pelo; los berberiscos, al revés. Los primeros beben durante la comida, a sorbos y sin ruido; los berberiscos, al final, de un golpe y con el ruido de un sumidero, etc., pero, en fin, unos y otros andan con dos pies...

res: sin fe, sin ley, sin justicia, sin deseo de progreso. Según Castelar, a España le correspondía la delicada misión de «redimir» un África aletargada y deprimida:

Dios ha hecho a ciertos pueblos sensibles, artistas, de imaginación viva y pensamientos elevados, prontos a la guerra y al sacrificio, capaces de iluminar una idea para más extenderla y prolongarla con el fin de que sirvan para educarlos a los pueblos sumisos en las tinieblas, que poco a poco deben despertarse a la vida (Rivière Gómez, 2000: 99-100).

España era el país indicado para este cometido por tres razones: *geográfica* (la proximidad con África), *histórica* (los largos siglos de vida compartida con el mundo árabe) y *racial* (las afinidades generadas durante esos siglos de convivencia). Por supuesto, ese argumento trataba de evitar que la «misión divina» de civilización se fuera a manos de otras potencias europeas, básicamente la francesa y la británica,<sup>8</sup> muy capaces ambas de torcer la voluntad divina... Pero en realidad, la guerra se declaró sin una justificación seria (formalmente, una pretendida reparación de ataques marroquíes a Ceuta), aunque sí beneficiosa para una imagen de España maltrecha por los reiterados conflictos internos y que ahora se encontraba ante una coyuntura inédita: la posibilidad de fortalecer el gobierno liberal de O'Donnell con una victoria más que previsible y capaz de unir al país detrás de sus gobernantes en un enérgico ramalazo de orgullo patriótico, maltratado por la pérdida de los territorios americanos, todo lo contrario de lo que el propio presidente del consejo de ministros manifestaba ante las Cortes el 22 de octubre de 1859 para justificar la guerra:

No vamos a África animados de un espíritu de conquista, no. El Dios de los ejércitos bendecirá nuestras armas y el valor de nuestro ejército y nuestra armada hará ver a los marroquíes que no se insulta impunemente a la nación española y que iremos a sus hogares, si es preciso, a buscar la satisfacción. [...] No nos lleva un espíritu de conquista; vamos a lavar nuestra honra, a exigir garantías para lo futuro (García Bañá, 2002: 13).

Quizás sea un personaje de ficción, Juan Santiuste, el periodista creado por Galdós años más tarde en *Aita Tettauén*, quien mejor resume esa situación conversando con Perico, trasunto literario de Alarcón: «España trae artilleros para los cañones y poetas que conviertan en estrofas sonoras los hechos militares para fascinar al pueblo... Porque en el fondo de todo esto no hay más que un plan político: dar sonoridad, empaque y fuerza al partido de O'Donnell» (Pérez Galdós, 1905: 106).

8. En la página 104 de la obra citada de Rivière Gómez vienen otras manifestaciones, también académicas, como el discurso de Francisco Fernández y González durante la recepción de Francisco Javier Simonet, catedrático de árabe de la Universidad de Granada, insistiendo en la «misión providencial» de España cara «a la civilización de las vecinas costas», a causa de los «vínculos particulares que la unen a esta parte del mundo».

Si, en efecto, la maniobra fue un éxito militar y político, ya que se logró el apoyo general de la población (incluso de la Iglesia y del carlismo),<sup>9</sup> cabría esperar una actitud más crítica o lúcida en el medio intelectual, al menos entre quienes estuvieron sobre el terreno... Pero no siempre fue así, como enseguida veremos.

### 3. Diversidad de viajeros y de escritos

Así pues, la hiperbólicamente llamada «guerra de África» (1859-1860) va a disparar la cantidad de textos de asunto marroquí producidos por los grupos y personajes más diversos, que resumiremos en los cuatro conjuntos siguientes, aun teniendo en cuenta que la división no es estricta: varios autores podrían entrar perfectamente en dos secciones o en más.

#### 3.1. Materiales de origen militar

Destacan, en primer término, los textos elaborados por oficiales militares, lo cual no es casual puesto que parecen claramente orientados al conocimiento del territorio y de sus habitantes en cuanto adversarios en una posible ocupación o control del terreno. Citemos algunos por el interés de su contenido y también por su relativo decoro literario.

Mención especial merece el jurista y militar tarraconense Joaquín Gatell y Folch («El Caíd Ismail»), autor de *Viajes por Marruecos* y de un proyecto no concretado, de traducir el *Corán* al castellano:<sup>10</sup> consigue ser nombrado comandante del artillería del sultán de Marruecos y conocer así el estado de sus defensas, los lugares más accesible para un ataque, la riqueza del país como justificación posible de una futura invasión, etc. Además, aporta una gran cantidad de datos sobre comida, vestidos, rituales, enseñanza, justicia, formas de guerrear, defectos tradicionales (envidia, hipocresía): una información que convierte sus

9. La guerra dio lugar a monumentos (el del general Prim en Reus), nombres de calles, de plazas y de barrios en diversas ciudades españolas, cuadros célebres («La batalla de Tetuán» de Mariano Fortuny, «Recibimiento del ejército de África», de Joaquín Sigüenza), canciones como «La plaza de Tánger» («La plaza de Tánger la van a tomar; también han tomado la de Tetuán»), sin contar con el amplísimo eco laudatorio que encontró en la prensa nacional y en diversas obras literarias como el *Romancero de la Guerra de África* (1860), promovido por Mariano Roca de Togores y dedicado a la reina Isabel II, con textos de Rivas, Campoamor, Hartzenbusch, Tamayo y Baus, Antonio Alcalá Galiano y Ventura de la Vega, entre otros (nótese que, el mismo año y con el mismo título, el poeta Eduardo Bustillo publicó un florilegio de romances compuestos por él). A propósito de Fortuny, no olvidemos que sus numerosos cuadros y grabados de asunto árabe hicieron de él uno de los principales orientalistas en el terreno de las Bellas Artes.

10. Gatell realizó dos estancias: en febrero-marzo de 1860 y en marzo-abril de 1861. Sus obras *Expedición al Sus, al Wad Nun y al Tekna emprendida en julio de 1864 y terminada en marzo de 1865 por don Joaquín Gatell y Folch* y el *Manual del viajero explorador de África* fueron escritas originalmente en francés y publicadas parcialmente en el boletín de la Société de Géographie de Paris (1869 y 1871). Están recogidas en una edición moderna, *Viajes por Marruecos*, citada en la bibliografía final.

textos en documentos de cierto valor antropológico, quizás el más destacable hoy día. De hecho, Julio Caro Baroja sigue a Gatell en sus *Estudios Saharianos* de 1955.

Otro viajero de interés es Teodoro Bermúdez Reina, coronel de artillería, autor de *Geografía de Marruecos* (s. a.), texto con numerosos apuntes históricos, geográficos, demográficos, de organización social, de defensa militar, etc., y con el mismo propósito subyacente de preparar un futuro control del territorio nor-teafricano. En una línea similar se sitúa el teniente de Ingenieros Julio Cervera Baviera con *Expedición al interior de Marruecos* [1884] y *Geografía militar de Marruecos* (1884). El primer libro, presentado con un tono de relato de aventuras y de exploración (utiliza también el método del disfraz, como Badía, de Murga y Gatell), pretende también suministrar datos para una ocupación, en este caso pacífica, del norte africano mediante ayudas en sanidad, correos, pruebas de amistad, etc. El segundo sugiere incluso que se enseñe geografía magrebí en las academias militares, con el mismo objetivo (Cervera Baviera, 1884: 8). Y para no alargarnos demasiado, mencionemos finalmente a Francisco Triviño Valdivia, coronel de la Sanidad Militar y periodista, autor de *Cinco años en Marruecos* (1903) y *Del Marruecos Español* (1920)<sup>11</sup>.

Pero, como el lector ya habrá imaginado, el representante sin duda más notable de este grupo es el ministro de instrucción pública, general del ejército español y célebre autor de *El doctor Lañuela* (1863), Antonio Ros de Olano, a quien se debe *Leyendas de África* (1860) (apuntemos que Alarcón adelanta un fragmento en su *Diario de un testigo de la guerra de África*). A pesar de ser militar de alta graduación, Ros de Olano ofrece una visión nada épica ni triunfalista de la guerra: inútil sería rastrear aquí alardes descriptivos de batallas ni devotas semblanzas de generales heroicos ni cantos a la gloria y al honor patrios ni otros retoricismos al uso. En cambio, nos parece estar ante alguien que busca un contacto directo y sincero con el árabe, al que incluso admira e intenta comprender. Por lo general, la obra de Ros de Olano viene sembrada de reflexiones bastante sensatas, medidas, producto de su experiencia, además de otras de orden filosófico y artístico, como sus críticas al Renacimiento y la civilización cristiana.

### 3.2. Relatos de diplomáticos

El siguiente grupo significativo lo representan los autores vinculados a la diplomacia española. Como ejemplo, nos bastará recordar a dos. El primero es el an-

11. Se trata de una reunión de textos anteriores, motivo por el cual lo incluimos aquí. Elogiosamente prologado por José Ortega Munilla (visitante de la zona), contiene capítulos como los siguientes: «Nuestros derechos en Marruecos», «Necesidad absoluta de que España posea el Norte de Marruecos», «Lo que consiguió, lo que conseguirá y lo que necesita nuestra actuación militar», títulos bastante elocuentes sobre la orientación de la obra. Sobre este apartado, ver más datos en García Ramón y Nogué i Font (1995).

tes citado Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia, secretario de la Legación española y autor de *Una embajada a Marruecos en 1882: Apuntes de viaje*,<sup>12</sup> libro en el que rechaza de plano la eventualidad de un progreso real en el pueblo marroquí: «No creemos susceptible el progreso del Imperio de Marruecos, porque sería preciso que se modificasen sus condiciones esenciales y esto no podría verificarse sin que el Imperio desapareciese» (Ramírez de Villa-Urrutia, 1883: 45). La alternativa se limita a seguir como están o a desaparecer para progresar.

El segundo autor que retenemos es el malagueño Rafael Mitjana y Gordón, también secretario de Legación, gran musicólogo y buen escritor: su viaje, realizado en 1900, viene recogido en las páginas de *En el Magreb-el-Aksa. Viaje a Marruecos* (1905). Allí sostiene, como uno de los mayores anhelos de su vida, la visita de un territorio «tan extraño como desconocido, tan interesante como curioso, en el extremo Occidente de los orientales, en el Magreb-el-Aksa de las mil y una noches» (1905: VIII). No es difícil observar que estos propósitos de principios del siglo XX referidos al norte africano recuerdan la mitificación orientalista de Víctor Hugo expresada casi un siglo antes respecto a España...

### 3.3. Relaciones de científicos

Integran el tercer grupo los científicos como el naturalista Fernando Amor y Mayor, el etnógrafo Constancio Bernaldo de Quirós, los médicos Nicasio Landa y Felipe Ovilo, etc. Ofrece un menor atractivo literario, pero cabe mencionarlo por su interés obviamente científico y sobre todo ideológico.<sup>13</sup> Y no es porque se distinga de los anteriores sino, precisamente porque la mentalidad colonialista está también por muy presente aquí, ya sea de manera explícita o implícita. En resumen, se puede decir que este grupo comparte, por lo general sin demasiadas precauciones retóricas, los presupuestos de los demás (suscribimos aquí la opinión de Marín, 1996: 105-106).

Además de nombres propios individuales, podríamos citar también el movimiento institucional. Piénsese, por ejemplo, en la creación en 1853, promovida por el gobierno de España, de una *Comisión de Investigación de Documentos Histórico-Militares de la empresas españolas y Portuguesas en África*, comisión formada por militares y universitarios, entre ellos Pascual Gayangos, catedrático de Árabe de la Universidad de Madrid, cuya misión era buscar en archivos españoles y extranjeros documentos que acreditaran los derechos de España sobre territorios de África y Asia (Rivière Gómez, 2000: 93).

12. El título se debe a que el autor había acompañado al embajador José Diosdado Castillo en su viaje del año 1882.

13. Por ejemplo, el primero de los autores citados, catedrático de Historia Natural en el Instituto de Córdoba, califica a la población norteafricana de «tribus feroces [y] salvajes», incapaces de mejora por ellas mismas, lo que justifica la presencia española, para pacificar, civilizar y desarrollar económicamente a Marruecos (Amor y Mayor, 1859: 84, 86, 117).

### 3.4. Narraciones de periodistas y escritores

Dejando de lado el debate sobre parecidos, diferencias y recubrimiento parcial o no entre periodismo y literatura, reunimos aquí al cuarto grupo, quizás el más atractivo estéticamente. Lo forman periodistas y escritores, convertidos, según la ocasión en auténticos corresponsales de guerra (acaso los primeros en la historia de la prensa española). Tal es el caso, por ejemplo, de Rafael del Castillo, autor de textos de asunto africano como *El honor de España. Episodios de la guerra de Marruecos* (1859); de Víctor Balaguer, político y escritor de una abundante producción, por su *Jornadas de gloria o los españoles en África* (1860); de Victoriano Ametller, autor de *Juicio crítico de la Guerra de África* (1861); de José Boada y Romeu (integrante del séquito de Martínez Campos en su viaje africano de 1893), a quien se debe *Allende el Estrecho* (1895); y de Adolfo Llanos Alcaraz, autor de *La campaña de Melilla 1893-1894* (1894). A esos nombres podrían añadirse los de Ignacio Abenia, Félix González, Dionisio Monedero, Sancho Descleza, Rafael Guerrero y los cronistas Carlos Navarro (*La Época*), Joaquín Mola (*Diario de Barcelona*), Juan Antonio Viedma (*Las Novedades*) y otros. Pero detengámonos en dos autores que, por motivos diferentes, destacan del resto.

#### 3.4.1. Pedro Antonio de Alarcón

Alarcón nos interesa aquí en cuanto corresponsal de guerra del *Museo Universal* y, sobre todo, como autor del *Diario de un testigo de la guerra de África* (1860). En esta obra, el escritor granadino describe al pueblo árabe como primitivo, salvaje, refractario a la civilización, pero también apegado a la naturaleza, libre, soberano, valeroso en la lucha y digno en la derrota (no pide, sufre, rechaza las leyes del vencedor): «Yo no concibo grado mayor de civilización que el que revelan los moros» (Alarcón, 2005: 462).

Lo que en el fondo nos atrae del autor del *Diario* son los tres tipos de contradicción en los que se mueve: en la primera tenemos, por una parte, la atracción hacia un pueblo tan diferente del suyo, soñado como exótico y distante, y al que finalmente puede observar en directo, sobre el terreno; por otra parte, el patriotismo que le lleva a ver al Otro con desconfianza, percibiéndolo como peligroso, como imprevisible por no regirse según los patrones de comportamiento del hombre europeo.

El segundo tipo de contradicción es la generada por la oposición entre los impulsos del joven escritor, romántico, explosivo, propenso a la expansión sentimental y expresiva..., y la necesidad de mantener la discreción y la mesura propias del público para el que escribe: no olvidemos que forman parte de él nada menos que el general Ros de Olano, con quien guarda estrecha relación personal, y el presidente del gobierno, instigador y jefe militar de la guerra, Leopoldo O'Donnell, que le llega a proponer condecoraciones por méritos de guerra (aunque sean rechazadas por Alarcón).

El tercer tipo aparece al final del *Diario*: Alarcón pasa de ser un partidario decidido de la guerra a oponerse a ella por percibirla como un desgaste militar y humano exagerado, sin sentido y condenado al fracaso. La contradicción está ahora entre él y la opinión pública española (y parte de sus esferas dirigentes). La ironía de la historia quiere que, su regreso a la península para divulgar sus tesis coincida con el fin de la guerra, aunque no del africanismo hispano, que va a mantenerse vivo hasta bien entrado el siglo xx.

### 3.4.2. *Gaspar Núñez de Arce*

El cronista de *La Iberia* y autor de *Recuerdos de la guerra de África* (1860),<sup>14</sup> se nos aparece como un personaje bastante más «plano» y monolítico que Alarcón, sin la riqueza de sus contradicciones ni de su evolución. Núñez de Arce posee una visión sistemáticamente desfavorable del árabe (inferioridad local, retraso general, suciedad difícilmente soportable, etc.). Aunque justo es decir que a veces se le escapa el elogio en la descripción de actos de bravura, de costumbres, de elementos arquitectónicos o paisajísticos, pero no se siente aquí la atracción hacia el Otro ni su consideración como idealizado o exótico sino más bien como demandante de modernización.

En cuanto al conflicto bélico, el escritor vallisoletano considera la guerra de África como la ocasión idónea para que la civilización, la ciencia y la cultura europea (incluso la más refinada y musical) entren por fin en esas tierras de la mano de España, que está poco menos que obligada a cumplir tal misión por las armas, pues no hay otro medio. Para los locales no se trata solo de algo positivo sino de una oportunidad histórica:

Nunca aquellas desiertas playas, no holladas por la civilización de Europa, hubieran podido esperar que los ecos de las montañas próximas repitiesen las delicadas melodías de Bellini, Donizzetti y Meyerbeer ni que surcara las olas del mar que invade sus arenas abrasadoras de conchas y algas, la multitud de naves que entonces recorrería aquellas inhospitalarias costas, espanto muchos siglos ha del comercio y de la industria. *Estaba escrito* —diré yo como los árabes— *estaba escrito* que la guerra abriese a la civilización, a pesar de los hombres que la habitan, aquella tierra-esfinge que nadie conoce y que se extiende casi inexplorada a las puertas mismas de la Europa cristiana, científica y aventurera... (Núñez de Arce, 1886: 217).

Si eso es así a propósito de Marruecos, en relación con España la situación no resulta menos favorable para superar «el abigarrado al par que turbulento cuadro de nuestra historia contemporánea», pues se necesita que «la energía de

14. Están incluidos en su *Miscelánea literaria*, publicada en Barcelona por Maucci, sin fecha. Aquí citaremos por la edición consultada, de 1886.

nuestra raza, gastada en estériles contiendas [...] se despliegue fuera; allí donde la llaman sus tradiciones, sus deseos, sus esperanzas, tal vez sus errores mismos. Para entrar dignamente en el concierto de Europa, éranos de todo punto indispensable pasar por África» (132-133). En otros términos, en el terreno de la política interior, la guerra funciona como un elemento de unidad nacional para un objetivo común. En cuanto a la exterior, el conflicto debe ser un modo eficaz de resituarse al país entre los grandes de Europa.<sup>15</sup> En definitiva, someter a un territorio africano es una forma de europeizar a España... La guerra tiene, pues, ganada su justificación y el soldado español ha de estar contento de dar la vida en ella: «¡Oh patria mía! ¡Que glorioso es caer ante la posteridad guardando hasta en la agonía la grandeza de la propia fama!» (148).

La insistencia de Núñez de Arce a lo largo de la obra en esa triple armonía de intereses (para Marruecos, para la política interior española y para su prestigio exterior) lleva a verlo como bastante diferente de Alarcón. Tanto en su fase de entusiasmo bélico como en su cambio final de postura, este último da la impresión de ser más espontáneo, sincero y convincente que el escritor de *Recuerdos*. El autor de *Diario* nos parece más ideologizado que ideólogo, alguien que es llevado por la oleada africanista del momento y contribuye a ella con fervor más bien que alguien que la promueve a sabiendas del juego que se esconde tras ella. Tal vez por eso el discurso de *Recuerdos* llega a sonar como artificial, exagerado, poco convincente y distante aunque pretenda resultar cercano. Alarcón tiene, además, el mérito de evolucionar en sus planteamientos, cosa que sería difícil rastrear en Núñez de Arce. Triple contradicción auténtica en un caso, triple armonía artificial en el otro: inútil decir qué texto posee una complejidad y riqueza mayor para el lector actual.

## 4. Conclusiones

**4.1.** El africanismo, entendido como movimiento científico-político-económico que busca el conocimiento y exploración de África con el objetivo de asentar la influencia española, tiene un precedente básico a comienzos del XIX con la aportación fundamental de Domingo Badía (Alí Bey) con su *Viaje por África y Asia* (1814) y también con su tragedia *Alí Bey en Marruecos* (1815). Allí aparece incluso el proyecto de provocar un cambio de gobierno para afirmar la influencia comercial de España en la zona: el viaje de Domingo Badía, pretende ese objeti-

15. Ese tipo de discurso, frecuente en los escritores viajeros al norte africano, recuerda al de aquellos otros que no hicieron el viaje pero que a veces fueron bastante lejos en su exaltación. Baste con la siguiente cita extraída del riojano Manuel Ibo Alfaro Lafuente, novelista, historiador y autor de libros escolares: «Nuestro pabellón está manchado. Esta mancha se lava con sangre; españoles, vertamos nuestra sangre para lavar la mancha de nuestro pabellón. Hijos de Pelayo, descendientes de Pavía y de Lepanto: el África nos espera; la Europa nos contempla: ¿qué debe hacer en esta situación España?» (Alfaro Lafuente, 1859: 3).

vo (al menos es lo que busca su patrocinador inicial, Godoy) en combinación con otros de orden científico y cultural.

La tendencia se afirma sobre todo a partir de los años sesenta y cuenta de nuevo con el apoyo de la corona española: si en 1876 se crea la *Real Sociedad Geográfica de Madrid*, «una institución fundamental en la formulación de la política neocolonial española en el Norte de África» (García Ramón y Nogué i Font, 1995: 335-336), en 1877 el rey Alfonso XII suscita y preside la *Asociación Española para la Exploración de África*. Nótese que Joaquín Costa contaba con África para sus proyectos regeneracionistas: no por casualidad funda la *Sociedad Española de Africanistas* en 1883.

**4.2.** La postura africanista es compartida por una parte no desdeñable de la intelectualidad peninsular: son bastante representativos los planteamientos del novelista y científico Juan Felipe de Lara, autor de tres libros sobre el norte de África: en uno de ellos, *De la peña al Sáhara* (1888), sostiene, a propósito del riesgo de guerra en la zona: «España, por su situación geográfica y por sus intereses presentes y futuros en África, no puede mirar con indiferencia la solución de un problema que representa su única esperanza, si algún día ha de salir del estado de postración en que se encuentra» (Lara, 1888: 6).

**4.3.** En este contexto, conviene destacar la eficacia del relato de viaje, en sus diversas formas (periodísticas o librescas), cara al gran público en la tarea de aglutinar simpatías hacia la empresa colonial. Como apunta Manuela Marín en su estudio sobre este punto, el relato de viaje supone

[...] un acercamiento directo a la realidad que se desea conocer», comunica al lector una experiencia con la fuerza de un testimonio personal y con la pretensión de ser, si no un dechado de perfección estética, sí al menos «un documento verídico que, por serlo, tiene más valor que otros textos de mayor ambición aparente (Marín, 1996: 106).

**4.4.** Así pues, por lo general, no se cuestiona la presencia española en esas tierras sino el cómo se lleva a cabo sobre el terreno: falta de visión para sacarle más provecho, ineficacia (privilegiar la guerras por encima de la explotación), intereses de los dirigentes de la ocupación (explícitos e implícitos), condiciones dominantes en el ejército: combatientes con pocos medios, mal dirigidos, con mandos ineficaces y, sobre todo, un seria deficiencia sanitaria como lo muestra la impresionante cantidad de muertos por cólera (2.888 de un total de 4.040 bajas), etc.

**4.5.** La argumentación para la guerra podría resumirse en dos puntos: por un lado, el primitivismo (en economía, instituciones políticas y sociales, mentalidad) como rasgo básico de la colectividad magrebina; por otro lado, la civilización europea encarnada en una España poco menos que imbuida de una misión modernizadora, como cara presentable de un proyecto de ocupación colonial (un argumento que Francia y otras potencias europeas habrían podido utilizar a

lo largo de todo siglo XIX en relación con España). Y cabe pensar que la empresa tuvo éxito, si admitimos el juicio taxativo de María Gajate al respecto: «A ciencia cierta, este fue uno de los escasísimos momentos del siglo XIX, casi excepcional, en que se consolidó un ideal común entre los españoles» (Gajate, 2011: 11). Y por lo que hemos visto anteriormente, buena parte de la intelectualidad nacional contribuyó en gran medida a dicho éxito.

**4.6.** Ello no impide caer en la tantas veces repetida contradicción del viajero, del explorador e incluso del colonizador: la seducción por la diferencia, ya sea de fisonomía, de ropa, de rituales, de valores heredados, arquitectura, es decir, de una diferencia que el propio viajero contribuye a borrar. Nótese, además que, en el caso español, esa diferencia es sin duda menor que para otros países europeos dada la secular presencia árabe en la península: las reminiscencias son particularmente intensas en alguien como el granadino Alarcón, que se confiesa criado entre ruinas de palacios y templos árabes y que pretende ver en Tetuán la Córdoba del siglo XIII (Alarcón, 2005: 415).<sup>16</sup>

**4.7.** Si buscamos una nota común a los cuatro grupos anteriormente mencionados, vemos que todos son favorables a la empresa colonial y colaboran en ella y que cada uno a su nivel y con dosis diferentes, aportan conocimiento para las élites militares, políticas y económicas sobre cómo dominar al Otro y también un eficaz mito movilizador para el pueblo español: su pretendida misión de origen poco menos que divino cara al norteafricano.

A propósito: esa intención propagandística va a continuar después del desastre de 1898 y durante la etapa del protectorado marroquí. Así lo leemos en *Nuestro Protectorado. El Rif y Yebala*, obra de 1930, escrita por José Guillermo Sánchez, miembro de la Real Sociedad Geográfica: su prologuista, Vicente Vera, insiste en la necesidad de «crear en España una opinión pública bien orientada que sirva de estímulo y apoyo a los directores de la acción española respecto al problema marroquí, con el fin de aprovechar [...] la brillante situación que el futuro nos ofrece».<sup>17</sup>

## Bibliografía

ALARCÓN, Pedro Antonio de (2005), *Diario de un testigo de la guerra de África*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.

16. Marín (1996: 113) apunta que esos parecidos pueden ser utilizados para marcar el retraso magrebí: los edificios actuales recuerdan a los de la época árabe en España: la cultura hispano-árabe exportada a Marruecos vendría a ser el último momento brillante de la sociedad norteafricana. La conclusión es que «se impone» renovar esta última con una nueva colonización.

17. Madrid, Imprenta Fuentenebro, 1930, pp. x-xi. Referencias tomadas de García Ramón y Nogué i Font (1995: 340).

- ALFARO LAFUENTE, Manuel Ibo (1859), *Españoles... a Marruecos*, Madrid, Imprenta de Don Manuel de Ancos.
- AMOR Y MAYOR, Fernando (1859), *Recuerdos de un viaje a Marruecos*, Sevilla, Imprenta de La Andalucía.
- BERMÚDEZ REINA, Teodoro (s.a.), *Geografía de Marruecos*, Barcelona, Redacción y Administración de la Revista Científico-Militar y Biblioteca Militar.
- CARRASCO GONZÁLEZ, Antonio (2009), *Historia de la novela colonial hispanoafriicana*, Madrid, Sial/Casa de África.
- CERVERA BAVIERA, Julio [1884], *Expedición al interior de Marruecos*, s.l.  
— (1884), *Geografía militar de Marruecos*, Barcelona, Administración de la Revista Científico-Militar.
- GAJATE BAJO, María (2011), *El impacto de la guerra de Marruecos en Salamanca (1906-1925)*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- GARCIA BALAÑA, Albert (2002), «Patria, plebe y política en la España isabelina: la guerra de África en Cataluña (1859-1860)», en Eloy Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912)*, Barcelona, Bellatera, pp. 13-77.
- GARCÍA RAMÓN, María Dolores y NOGUÉ I FONT, Joan (1995), «La experiencia colonial española en Marruecos y las monografías regionales (1876-1956)», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, n.º 15, pp. 335-349.
- GATELL Y FOLCH, Joaquín (2012), *Viajes por Marruecos*, Madrid, Miraguano.
- HEROS, Martín de los (1835), *Bosquejo de un viaje histórico e instructivo de un español en Flandes*, Madrid, Herederos de Don José Collado.
- HUGO, Víctor (1968), *Les Orientales*, vol. I, París, Librairie Marcel Didier.
- LARA, Juan Manuel Felipe de (1888), *De la peña al Sáhara. Apuntes de viaje*, Madrid, Imprenta de la Infantería de Marina.
- MARÍN, Manuela (1996), «Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos (1860-1912)», *Hispania*, n.º 192, pp. 93-114.
- MHARTÍN Y GUIX, Enrique de (1885), *De España a sus Indias. Memorias de un viaje de tres mil leguas*, Manila, Establecimiento Tipo-Litográfico de M. Pérez, Hijo.
- MELLADO, Francisco de Paula (1842), *Guía del viajero en España*, Madrid, Establecimiento Tipográfico calle del Sordo, número 11.
- MITJANA Y GORDÓN, Rafael (1905), *En el Magreb-el-Aksa. Viaje de la Embajada Española a la corte del sultán de Marruecos en el año 1900*, Valencia, Prometeo.
- MORALES LEZCANO, Víctor (2004), «Pedro Antonio de Alarcón en el torbellino de la Guerra de África», en José A. González Alcantud (ed.), *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África*, Barcelona, Anthropos, pp. 61-84.
- MURGA Y MUGÁRTEGUI, José María de (1868), *Recuerdos marroquíes del Moro Vizcaíno*, Bilbao, Imprenta de Miguel Larumbe.
- NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar (1886), *Miscelánea literaria: cuentos, artículos relaciones y versos*, Barcelona, Daniel Cortezo y Cía.
- PEDRAZ CAMPOS, Azucena (1994), «El pensamiento africanista hasta 1883. Cánovas, Donoso, Costa», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, n.º 11, pp. 31-48.

- PÉREZ GALDÓS, Benito (1905), *Aita Tettauen. Episodios nacionales. Cuarta Serie*, Madrid, Obras de Pérez Galdós.
- RAMÍREZ DE VILLA-URRUTIA, Wenceslao (1883), *Una embajada a Marruecos en 1882. Apuntes de viaje*, Madrid, Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra.
- RIVIÈRE GÓMEZ, Aurora (2000), *Orientalismo y nacionalismo español: estudios árabes y hebreos en la Universidad de Madrid (1843-1868)*, Getafe, Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad de Madrid.
- ROS DE OLANO, Antonio (1860), *Leyendas de África*, Madrid, Gaspar Roig.
- SEGOVIA, Antonio María de (1851), *Manual del Viajero Español de Madrid a París y Londres*, Madrid, Imprenta de Gabriel Gil.
- TORRES-POU, Joan (2010), *Orientalismos: Oriente y Occidente en la literatura y las artes de España e Hispanoamérica*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias.
- TRIVIÑO VALDIVIA, Francisco (1903), *Cinco años en Marruecos. Apuntes de un médico*, Madrid, Biblioteca de la Irradiación.
- (1920), *Del Marruecos Español*, Melilla, Tip. El Telegrama del Rif.